LA CORZA

POR

LUIS BERENGUER

Para Nadia y Fernando Quiñones.

Como se lo digo, que septiembre andaba ya de ala y yo no sé si con el aquel de la berrea andábamos todos con la sangre revuelta.

La cosa venía de largo que ya a primeros de abril se pasó una corza de la parte la Jarda con su chivarro ya crecidito. Una prenda, roja ya de vieja que las puntas del pelo se les ponen como si les untaran con canela. El chivarro oscuro con dos ojazos redondos y negros, que lo vi un día —me cago en mi alma que se me figuró el perro lobuno del cabrero— entrematado, mirándome, hijo de su madre —para cortarme las dos manos— yo empalmado y ya con el corazón en el gatillo. Me digo: «el perro lobuno del cabrero» y alcé la vista sobre los puntos de la escopeta: «el perro del cabrero». ¡Chico perro del cabrero que botó el chivarro y perdí la vez!

Pero era la madre la que me quitaba el sueño: la madre como un borrico que yo no he visto, en clase de corzo, nada más disparatado, talmente como un borrico, achichonada de lomos. La tía se las tenía conmigo porque sabía lo que yo andaba buscando. Encelaba los perros, falseando las huellas, para dejar campo libre al chivarro, me salía por los rozados fuera de tiro, dando tornillazos, achantándose en los helechos, sin buscar las salidas naturales donde yo me estaba de rececho. Dos veces la plomeé con lobero y las dos por la culata, que en treinta años de palmear la sierra nunca vi un bicho con más saber.

A cavilar me ponía y la hija del cabrero, el viudo, siempre estaba dándome cargas a cuenta de la corza. Como la vi nacer, como de familia la trataba, hasta que una vez, medio en serio, medio en broma, le di unos azotes porque me quemaba la sangre. Eso fue por abril, antes de la berrea, pero aquellos azotes en aquellas carnes apretadas, que la zagaleja andaba por los dieciséis, finita de cuerpo, tuvieron la culpa de todo.

A los años de uno, y no lo digo porque uno esté viejo, las cosas como son, pero cuando la cría nació andaría yo por los treinta, hay cosas que no se deben ni pensar. Como se lo digo: desde aquello andaba yo por el monte echando fato a berriondo, como un venado en septiembre.

Entre la zagaleja y la corza me trajeron a caldo, pues me arrimaba a la una pensando en la otra y el marronazo seguía. Había compuesto el campo de una forma que siempre estaba donde no tenía que estar, que las horas de la mañanita me las tiraba recechando la chavala al aguardo que el padre saliera con el hato y, cuando salía, con el sol en lo alto, me iba a buscar la corza para no perder el día que perdido se presentaba.

Mire usted, que yo sin abrir la boca, tapado como a la espera de las torcaces, y la chavala, lo mismito que la corza, me tomaba los vientos, talmente como si le hubiera contado las fatigas que yo tenía por encontrármela a solas. Que eso era, celo de encontrarla y miedo de no saber por dónde empezaría. Como se lo digo, que ella debió ventearme el fato a berriondo, que eso también deben notarlo las mujeres, como las corzas lo notan, que no sé por qué han de ser menos las criaturas que los bichos.

—¿Te pones tú a esperar la corza en los canchos de la pasada?

—¿Yo?

—De sobra sabes tú que la corza no se arrima a esos limpios.

Y ponía como cara de conejo, no sé si de inocencia o de mucho saber. Así un día y otro. Una vez bajaba ella por la pasada con un cántaro y no dejaba de mirar para los canchos donde yo estaba de rececho, aguardándola. Como tienen pozo allá era raro que bajara al río, pero la veo que deja el cántaro y sube a las piedras. Como se lo digo: llega arriba y me llama por mi nombre. Yo callado. Vuelve a llamarme y dice: «¿Estás ahí aguardando la corza? Una tontera muy grandísima, que la corza aquí no va a venir. No te escondas que sé que andas por aquí. Ayer también estabas. Y antier y trasantier. Todas las mañanitas estás aquí.»

Bueno, mire, uno no es de piedra. Podía ser mi hija, pero salí pensando que ella había venteado el fato a berriondo que yo debía echar. La senté en las piedras y, sin hacerle fuerza, con la puntita de las yemas, la toqueteé sin decirle nada, hasta las gomitas de los calzoncicos, sin hacerle fuerza, y la besé también flojito. Ella callada, con los ojos abiertos siempre, sin defenderse y sin darme ánimos. Como se lo digo: me dejó cortado.

Se va tan contenta, cantando y baja para el río. A mí me dolían las ingles del recalentamiento y me quedé allí queriendo comprender las cosas. Más de una hora tardó y cuando pasaba por la vereda la llamé. Venía chupando un palodulce. Le digo: «¿Qué vas a hacer ahora?» «El guiso», dice. Le digo: «Siéntate aquí conmigo.» Va y se sienta. Le echo mano y sigue con el palodulce. «¿Te gusta esto?», le pregunto. «¿El palodulce?», dice. ¿Usted sabe cómo tiene la barriguita una cha-

vala? Salí corriendo para no hacer un disparate, que podía ser mi hija, figúrese usted, y ella se reía, se reía con el palodulce en la boca.

Ya le digo que eso fue en abril y yo perdoné la corza roja para quitarme de aquella parte de la sierra, porque uno tiene conciencia y sabe poner pie en pared cuando hay que ponerlo.

Con la berrea, terminando septiembre, un rastro de sangre me llevó a toparme con el cabrero. Me dijo:

—La corza roja está otra vez en lo nuestro. La gente del corcho anduvo tras ella, pero fracasaron.

Entre los del corcho estaban los dos hijos de José, uno que estaba alelado, pero el mayor acababa de volver del servicio y siempre fue muy bien parecido. A mí no sé lo que me entró de pensar que el niño de José estaba otra vez en el monte. Tentado estuve de decirle al cabrero que tuviera cuidado con su hija y el niño de José, pero pensé que si algo pasaba, o había pasado ya, sería lo más natural del mundo, que allí en el monte no era fácil que la gente moza encontrara apaño.

¿Sabe usted lo malo que es sentirse viejo? Si entre la chavala y el hijo de José había pasado algo, a mí me iba a entrar un dolor. Mejor dicho, me entró ya de pensarlo, un peso en el pecho que me ahogaba.

Volví a recechar en los canchos como en la primavera. Tres días estuve allí y la hija del cabrero no se enteró. Yo me decía que ya no echaría fato a berriondo, o que ella tenía su sentido en otros husmos. Al cuarto día, así que el cabrero salió con el hato, antes que las cabras dejaran el cerrado, me fui para la choza. Ella dormía y se despertó en mis brazos. Me dejaba hacer, sin abrir los ojos. La desnudé, tal como su madre la echó al mundo. Pero no pude, para que usted vea. Soliviantado estaba yo, atendiendo si el cabrero se volvía, queriendo adivinar con el tacto si el hijo de José se me había adelantado. Pero no. Podía ser mi hija y estaba allí, debajo, pero no pude, no. No fue por pensar que estaba mal, sino que hay cosas que van y cosas que no, y aquella no fue. Se me fue el tiro antes de cargar la escopeta y el corazón me aporreaba el pecho como un martillo.

Le dije que no quería hacerle daño, pero era mentira. Sí quería, pero no pude. Un rato antes, un rato después, no sé, habría podido. Entonces, no. Uno se arruga, uno se solivianta, uno tiene ganas de cagarse en su alma.

Salí de allí queriendo morirme, vacío y pensando que el hijo de José sí podría, que los venados podían, que yo había podido siempre y, de repente, me había muerto. Eso me pasó aquel día, sólo aquel día, pero nunca lo podré olvidar.

¿Sabe? Para que usted vea lo que son las cosas: como la chavala venía a cachondearse cuando estaba rececchando sin éxito la corza, vino la corza roja a cargarme cuando fracasé con la chavala. No en las gargantas, no en los aguardos de las torrenteras empujada por los perros. Vino al río cuando yo bebía agua y tenía la escopeta en el suelo. Se me llegó a medio tiro, olisqueándome, casi con cara de broma, grande como un borrico, roja, achichonada de gorda. Como se lo digo: a medio tiro. Trinqué la escopeta y el animal quieto, me la encaré, apreté el gatillo, y el tiro no salió.

Usted: aquel día yo aprendí a sentirme viejo.

LUIS BERENGUER
P. G. Hontoria
SAN FERNANDO (Cádiz)